



## Inconformista y brillante

Jorge Gimeno plantea la ironía como el nudo gordiano de su poemario 'Místico'

Jorge Gimeno (Madrid, 1964) ha publicado hasta el momento cuatro volúmenes, más este *Místico*, que es el quinto. Desde que a una edad algo tardía llamó la atención por su primer *Espíritu a saltos* (2003), no ha cesado de dar a la imprenta entregas notables, más el tratado *Poesía y tao* (2023). Su ingenio y celebrada labor como traductor merecería capítulo aparte.

Precedido de un amplio conocimiento de la filosofía y la poesía universales, pivotando desde occidente hasta oriente o viceversa, y observando todo desde una sabia distancia a la que le aplica el extrañamiento brechtiano y, a la vez, la identificación, la obra de Gimeno deconstruye el racionalismo y nos presenta una realidad diferente –desvío, distorsión, aumento– a lo que los libros de texto nos marcaron: «Para ti hay un nombre sagrado: realidad» (35). En el poema *El éxtasis* (32), el sujeto se da cuenta de que no hay distinción entre él y una vaca, por lo que el mundo está bien hecho, en términos guillenianos, ya que ambos se encuentran en su lugar, sobre todo la vaca. Y llegamos al título del volumen, *Místico*, para percibir que nuestro autor se empeña desde los primeros compases en desmontar el concepto de mística, bajarla del pedestal y negarle el componente especulativo, sin importarle demasiado, «Porque si huele a iluminación, ¡apestal!» (52). Se trata de una mística *sui generis*, una especie de antimística –la antipoesía de Nicanor Parra se encuentra elevada a la enésima potencia en Gimeno– que se ríe de sí misma al ser utilizada recreándose en las banalidades del ser, la tradición y el lenguaje: «Una mística sin misticismo / es la mística. / Un deliquio sin deliquios. // La plena pulpa plena» (14). Una espiritualidad antitrascendente.

Cuando algún asunto roza los límites rilkianos de lo inefable, nuestro poeta se desmarca consciente de los excesos del barroquismo y las imposiciones: «Abusa de nosotros la retórica / diciendo no decible lo indecible. / Claro que puede decirse» (74). En poesía existe una suerte de axioma de estirpe wittgensteiniano por el que, si no puedes decir algo, mejor te quedas callado. A sus sesenta años, este joven poeta rebelde se apostilla a sí mismo diciéndose: «Naces póstumo y vives tardío / pero no mueres» (32).

De este modo, la ironía, tal y como quisiera Richard Rorty, se plantea como el auténtico nudo gordiano del poemario, y de ahí se desgaja un humor ácido, que a veces se encumbra en las más altas exquisiteces estéticas, y otras se revuelca en el lodo de cierto vocabulario, digamos, poco escogido, deliberadamente a sabiendas de que se rompe con el canon de lo poético, uno de los objetivos primordiales de esta lírica iconoclasta y en todo punto turbadora. Por eso las reflexiones metapoéticas no escasean: «La poesía agradece / todo estado de la poesía. / Libera al insecto / encapsulado en ámbar» (78). La inversión constante y aleatoria nos lleva a desmitificar cualquier mito, como el del artista iluminado, guía de las masas, visionario y bohemio, en *El artista santo* (80): «El artista tiene derecho a equivocarse / en lo personal, no en el arte. // El artista santo no se equivoca en nada. / Vive como trabaja. Trabaja como vive» (ibid.).

Ese sujeto ironista mira las cosas o, mejor dicho, observa los objetos moverse, y con cierta admiración se desentendiende de los afectos por el mundo exterior, tanto por otros seres vivos, personas incluidas o animales, como cualquier otra menudencia de tipo terrenal. Y como *El cielo poco a poco va bajando* (15-16) y se va volviendo accesible, cada vez hay menos diferencia entre el cielo y el suelo lo alto y lo bajo. Lo importante, sin duda alguna, es cómo afrontamos las paradojas, las contradicciones y el estupor de la Gran Patraña de la religión y el trascendentalismo. Resulta poco menos que truculento seguir creyendo en la vida después de la muerte y obviar a Friedrich Nietzsche o a Martin Heidegger.

Muchísimo más se encuentra en este inclasificable *Místico*, del irreverente Gimeno, poeta juicioso, inconformista y brillante que posee voz propia en el panorama poético español, tan necesitado de inconformismo e irreverencia.

JUAN CARLOS  
ABRIL



QUIM  
BARNOLA



## En la mente del filósofo agonista

'La crítica de la razón maquina', de Basilio Baltasar, es un lamento del culto al tiempo y al materialismo que lo circunda

La prosa poética de Basilio Baltasar (Palma, 1955) aturde la conciencia, subraya la contradicción, nos planta el espejo en las narices. Y ¿ahora qué? *La crítica de la razón maquina* es un lamento desesperado del culto al tiempo y al materialismo que lo circunda. Tiempo y materia, la medida de todas las cosas. Sin levantar la mirada al infinito, al todo. Al uno. Del que somos parte en ínfimas particulares. Fijándonos en el tener y no en el haber. Aforismos filosóficos que desafían el intelecto y nos desvelan el alma. El diálogo entre la inmanencia del ser y lo numinoso. El filósofo agonista quiere llegar al silogismo con premisas antagónicas, para producir y reproducir conocimiento, como definía Theodor Adorno.

La confrontación como elemento constructivo, en contra del consenso proclamado por Jürgen Habermas y John Rawls. La polarización entre idealistas y materialistas nos conducen a esta nueva realidad. Hoy luce en tubo de neón el *dasein* de Martin Heidegger, el hombre que existe, que está en el mundo, ahí lanzado, dirigiéndose a su muerte, confundido y asustado, sin herramientas. «Intelectualmente disminuido y psíquicamente desquiciado» padeciendo «la secuela de una existencia errática (en oposición a una vida errante): habiéndose olvidado de sí mismo, el hombre arrojado, al mundo, solo encuentra su razón de ser, su satisfacción mortal y su efímera coartada en la voluntad de poder».

Herederos de los existencialistas, del ser y la nada, conduciéndonos al abismo de la precognición de Jean-Paul Sartre. Ante este panorama surge el hombre artificial, quevedesco. Érase un hombre a una máquina pegado, «la enajenación de los hombres hechizados». Que ambicionan ser los demiurgos del futuro para abrazar la eternidad, confiando en que «la técnica los sacará del oscuro agujero estelar».

Sin embargo, ahí está la lidia con el *Homo homini lupus est* de Plauto, sentencia prestada a Thomas Hobbes para construir su Leviatán. Un hombre subyugado a la materia, al materialismo, que ahora empieza a discutir. Puesto que considera, que al manual le faltan hojas, más allá de la naturaleza reduccionista de la fenomenología de la conciencia de Edmund Husserl.

La belleza existe, es percibida o creada. Así, la auténtica belleza es la que nos brinda la naturaleza. En ella está el todo, acaso nos muestra como es arriba, es abajo. El hombre sensible acierta en la contemplación de lo bello y en su desafío. «El filósofo agonista ha heredado la más antigua de las verdades reveladas. Al hombre le corresponde averiguar la razón del universo, la gnosis de la divinidad, la causa de la existencia, la pluralidad de los mundos».

Este libro de Baltasar, quizá nuestro Giovanni Pico della Mirandola, nos exhorta a despertar, a considerar la dialéctica de la mística, a transitar por los límites del conocimiento. *La crítica de la razón maquina* es la alquimia de los tiempos modernos, el éter para tratar de alcanzar los principios de la verdad. Urge un debate sin complejos sobre nuestra condena existencialista y materialista.



Basilio Baltasar